

Bien léjos estaba Lisardo desta gloria, porque iba tan cansado de su vida, que parece que el cielo, movido de sus ruegos, se la quiso quitar, pues á la entrada de un lugar pequeño tropezó el caballo tan desgraciadamente, que cogiéndole descuidado, cayó sobre una pierna, y se la atormentó de manera, que receló alguna notable desdicha, porque fué imposible poderse menear, hasta que unos labradores, compadecidos de sus muchas quejas, desampararon el trabajo, y le llevaron en los brazos á solo un meson que habia, en el cual se curó, y fué tan riguroso el golpe, que en mas de ocho dias no se pudo poner en camino, hasta que sintiéndose con fuerzas bastantes, volvió á proseguirle á tiempo que ya Laura y Alejandro le llevaban dos jornadas de ventaja, y aun habian pasado por el mismo lugar en que se quedaba curando; y estando cierta noche en una posada, tan triste como la causa lo pedia, tomó una guitarra, y refiriendo su historia á las paredes de su aposento, comenzó á cantar aquestos versos:

A llorar su amarga ausencia
Salió Lisardo una tarde,
Enamorado y celoso,
Dos desdichas harto grandes.
Y viendo que ya le espera
El tormento de ausentarse
De aquel bien que tanto quiso,
Y es fuerza siempre adorarle,
Adios, patria, dice á voces,
Que madrastra es bien llamarle,
Pues despues de veinte abriles
Como á extraño me trataste.
Adios, campos, en quien Flora
Viste perlas y corales,
Espira olores y aromas,
Brotó claveles y azarés.
Adios, deudos, que del alma
Alcanzastes tanta parte,
Que en mí tuvistes amigo,
Y en vosotros hallé padre.
Adios, divinos ingenios,
Sin fortuna que os levante,
Que es maldicion de discretos
No tenerla de su parte.
Adios, bellisimas damas,
Ate cuya hermosa imágen
Fea parece la diosa
Que en Chipra adornan altares.
Adios, academia ilustre,
Fénix de aquestas edades,
A quien debe mi ignorancia
El no parecer tan grande.
Adios, calles apacibles,
Donde Narcisos galanes
La noche pasan y el dia
Por bellezas Anaxartes.
Adios, estrecho aposento,
Que tantas veces me hallaste
Llorando esperanzas vivas,
Que murieron sin gozarse.
Adios, queridos amigos,
Que la fortuna inconstante
Quiere por matarme presto
De vosotros desterrarme.
Adios, pasados placeres,
Que vivis para matarme,
Pues solo de tantos gustos
La memoria me dejastes.
Y en fin, patria, campos, deudos,
Academia, ingenios, calles,
Damas, aposento, amigos,
Y gustos que ya pasastes,
Sentid mis penas y llora mis males,
Pues muero ausente cuando adoro un ángel.

Y tú, Laura, Laura mia,
Aunque no es razon te llame
Mia, sabiendo que ya
Goza tu cielo otro Atlante.
Adios, que ya me dividen
De tus ojos celestiales
Mis desdichas, envidiosas
Quizá de que los gozase.
Yo muero, aunque no quisiera,
Porque temo que te mate
La muerte, si muero yo,
Que en mí estás y ha de toparse.
Huye del pecho, bien mio,
Vive tú, muera quien nace
Indigno de tanta luz,
Incapaz de glorias tales.
Yo moriré porque pongan
En mi sepulero: Aquí yace
Un hombre que supo amar,
Aunque á costa de su sangre.
Nadie culpá mis penas,
Y mas, Laura, los que saben
Que me voy para no verte,
Cuando vivo con mirarte.
Y por si acaso, señora,
Mis desdichas son tan grandes
Que sea esta vez la postrera
Que en tus ojos me mirare,
Abrazame, Laura mia,
Y á Dios, que mil años guarde
Tu vida porque yo viva,
Si puedo ausente y amante.

No podia Lisardo acabar con su memoria que le dejase de atormentar un instante; acordábase de Laura (¿quién lo duda?); considerábala en brazos de Octavio, y sin hacer memoria de su amor, que al mas fuerte, en habiendo ausencia de por medio, se le atreve cualquier olvido, llegó á Adamuz una tarde temprano, y no quiso acostarse, aunque lo habia menester, que no hay descanso para quien tiene siempre vivas sus congojas. Salió del lugar en la mitad de la noche, la cual era tan demasiado oscura, que aun no permitia á los ojos que conociesen distintamente la tierra por donde caminaba; la luna se habia recogido con vergüenza de una nube que se quiso oponer á su resplandor, que á la misma luz se atreven las tinieblas, mas no sin castigo, pues luego conocen, aunque á costa de su menoscabo, que son vapores de la tierra y que se opusieron á la claridad del cielo; pero ¿qué no intentará la ignorancia apasionada de su misma idea, ó lo que es mas cierto, envidiosa de los méritos que no alcanza? ¿Quién no se rie de ver á un hombre (que porque no sabe mas de un poco de gramática, se puede llamar gramático simple) satisfecho de su buen juicio, y pagado de sus buenas letras, hablar y tomar la pluma contra quien alaban todos? Hombre ó gramático, ó lo que fueres, que bien poco puede ser quien se deja vencer de su envidia, ¿de qué te sirve deslucir al sol y oponerte á sus divinos rayos, si naciste nube, y es fuerza que su mismo calor te venga á deshacer? ¿Qué importa que se atreva tu ingenio, si acaso le tienes, á vituperar los escritos que todo el mundo estima, si nadie te escucha, porque no tienes autoridad sino para contigo? Escribe algo; intenta algun poema, que no se gana la opinion propia solo con censurar los trabajos ajenos; pero Séneca te disculpa, porque un envidioso ¿qué ha de hacer sino consumirse y ladrar, porque le falta á él lo que mira en

otros? Mas dejemos esto, que los desengaños por lo que tienen de verdades no agradan todas veces. La noche, finalmente, era tan oscura, que Lisardo se halló con algun recelo por saber que aquella tierra era peligrosa; y estando en esta confusion, sintió cerca de sí ruido que, por ser á tal hora, le alteró el ánimo, y obligó á que arrojándose del caballo, se previniese de la espada, y en breve espacio descubrió un bulto que con el favor de la noche se pudo ocultar mas cautelosamente entre unas ramas; y preguntarle quién era y ponerle la espada á los pechos fué en Lisardo á su misma accion; pero el hombre sin alterarse le dijo que si queria conservar la vida, se dejase quitar cuanto llevaba, porque hacer otra cosa era perderse y dar ocasion á que le hiciesen pedazos sus compañeros, que eran mas de los que imaginaba; parecióle á Lisardo que podia ser estratagema del ladrón la amenaza de ser muchos para hacer su hecho, y remitiendo la respuesta á su espada y á su valiente corazón, le empezó á tirar con tan gallardo brio, que le fué forzoso retirarse para defenderse, y en poco tiempo á la seña de un silbo y al ruido de las espadas se juntaron mas enemigos que presumia. Acudieron todos á ofenderle, y el pobre caballero empezó á resistir sus intentos retirándose y defendiéndose con la destreza que la necesidad le enseñaba; y uno de sus mismos enemigos, viendo en Lisardo tantas muestras de valor, y pareciéndole que era lástima que muriese violentamente quien tan bien sabia defender su vida, se puso á su lado, deteniendo con la espada y las voces á sus compañeros; y volviéndose á Lisardo, le dijo que el intento principal de todos los que miraba era robar la hacienda, pero no quitar la vida, aunque cuando la resistencia era con exceso, la codicia se convertia en venganza, y la ambicion en declarada injuria; y así, le suplicaba, porque le habia aficionado su generoso ánimo, no se precipitase á su muerte, y se viniese con ellos aquella noche, siquiera por huir de las amenazas del cielo, y porque le curasen una pequeña herida que en la propia mano de la espada le habian dado. Lisardo entonces le respondió que no estimaba la vida tanto que tuviese á demasiada suerte que se la dejasen, pero que por no acreditarse de ingrato con quien se la daba tan noblemente, recibia por infinita merced el partido, y rindiéndole su espada y señalando hácia la parte en que dejó el caballo, se fué con ellos considerando los lances en que su contraria estrella le iba poniendo, aunque como estaba acostumbrado á pasar por la desdicha de perder lo que amaba, todo le parecia breve tormento. Llegaron á unas secretas cuevas, edificio que habia labrado la misma naturaleza para casa de algunos pastores que por diciembre son blanco de los diluvios del cielo, y por julio se consienten abrasar del sol, y metiéndole en una dellas, aplicaron á la herida un poco de bálsamo, remedio general y saludable para todas las ocasiones repentinas. Quitáronle tambien cuanto tenia, que la piedad de un ladrón llega á permitir la vida, pero no á descuidarse con la hacienda. Quedó el pobre Lisardo solo y acompañado de sus continuos

pensamientos, y viendo tantas desdichas juntas, decia: ¡Ay Laura! ¿quién pensara que no solo me habia de ver sin la gloria de merecerte, sino que me habia de perseguir tan rigurosamente mi fortuna? Yo me vi en tus brazos, yo escuché de tu boca mil ternuras, yo gocé tus favores, y fui sin duda el primero que estuvo contento con su estado, aunque me quiera contradecir Ovidio diciendo que la voluntad del hombre no quiere consentir sosiego, porque siempre le falta qué alcanzar, y le sobra qué apetecer. Enterneciase con esto Lisardo, y llamaba á Laura diciendo: Deja, prima querida, esta vez los regalos de tu esposo; excúsate á los amorosos lazos de quien te merece; olvida el blando sueño, y ven á consolar á un hombre que fué desgraciado aun en merecerte; porque gozar la dicha para perderla es vincular un sentimiento para toda la vida. Así llamaba Lisardo á Laura, aunque la consideraba bien léjos, mas no erraba mucho en llamarla, porque estaba tan cerca, que pudiera escuchar sus quejas y responder á sus voces, pues entre los dos no habia mas distancia que el pedazo de una peña que los dividia. A los dos habia seguido una misma fortuna, que como las dos almas vivian en su voluntad, no podia el cielo injuriar á Laura sin ofender á Lisardo, ni atreverse á Lisardo sin enojar á Laura, la cual pasando la noche antes por aquel mismo sitio en compañía de Alejandro, con el ansia de llegar á verle, les salieron seis hombres al paso, y sin poder Alejandro revolverse para dar á entender que habia nacido caballero, aunque en tales casos la defensa es temeridad y no valentía, le quitaron la espada y lo demás que llevaba, y cuando pensó que hicieran lo mismo con Laura, sucedió que uno de los que les acometieron y el mas alentado de todos puso los ojos en ella, y pareciéndole que era obligarla no usar con ella la violencia que se podia temer de su codicia, no consintió que ninguno se atreviese á quitarla ninguna cosa, y volviéndola á poner en la mula, guió hácia su sitio con intento de gozar aquella noche su belleza, la cual viéndose sin su Lisardo y en poder de aquella infame gente, llamó con mas veras á la muerte, y volviendo los ojos al cielo, decia locuras, haciendo tantas lástimas y llorando tan graciosamente, que viendo su enemigo que aun estando enojada no habia perdonado el ser hermosa, se encendió con mas fuerza y se previno de su impiedad para cualquier injusto atrevimiento. Llegaron al desabrido albergue, que era el que estaba vecino á la prisión de Lisardo, y luego el lascivo amante la empezó á regalar con algunas cosas que á costa de los vecinos lugares tenian sobradas; vino Alejandro con ellos, que aunque pudo tener libertad, no la quiso, viendo á Laura de la manera que quedaba; tratáronle con alguna cortesía por no disgustarla á ella, que habia dicho que era su hermano. Temblaba la hermosa doncella de verse en poder de tiranos, y que si aquel hombre intentaba alguna violencia, era forzoso matarse ó perderse; pero tuvo tanta dicha, si acaso la podia tener quien se via de aquella suerte, que el capitán de todos ellos, hombre de resolucion y de muchas

manos, se aficionó tanto de su cara, que viéndose envidioso y que no podía merecerla, por no haber sido presa suya, y porque el que la tenía consigo era casi tan poderoso como él, se dispuso á defenderla, para estorbar que la gozase otro, ya que él no podía, atribuyendo á piedad de ánimo lo que era envidia ó celos de su camarada. Holgóse Laura desta competencia, porque el uno la defendería del otro, hasta que el cielo trazase por algun camino el remedio de su libertad; y estando los dos cosarios de aquella tierra procurando alegrar y divertir sus divinos ojos, la llevaron á ver sus ranchos, asegurándola primero el capitán de cualquier miedo en cosa que no fuese mucho gusto suyo; llegaron á la parte en que estaba Lisardo, que vencido de un piadoso sueño, daba licencia al descanso forzoso, y estando la coharde dama atendiendo á algunas cosas que la enseñaban, mas por contentar á los dos amantes que por tener gusto en lo que miraba, les vino nueva de que la justicia de un lugar, que no les debía ninguna buena obra, procuraba su destrucción. Alborotáronse todos, y acudiendo á la defensa, olvidaron el amor, y fueron á reconocer el campo, que donde tiene riesgo el honor ó la vida, pocas veces persevera la voluntad, y mas cuando no tiene echadas raíces con el trato, aunque en habiendo de por medio amor de años ó de obligaciones, no hay imposible que no intente, ni temeridad á que no se oponga. Quedó Laura sola, aunque no tanto que á pocos pasos no pudiera hallar cuanto quisiera pedirle su deseo; entró mas adentro, considerando la miserable vida de aquellos hombres, pues libraban su felicidad en la desventura ajena, parecidos en esto á los envidiosos, de quien solo se libran los desdichados, porque no tienen fortuna que los dé pesadumbre, aunque no debe de ser mala, pues viven seguros de sus dañadas entrañas. Así estaba discurrendo, cuando sintió junto á los pies un bulto que la hizo tropezar, aunque pienso no era la primera vez. Reparó Laura, y vió un hombre que pagaba el necesario tributo á su cansado cuerpo; bajó la luz para reconocerle, que el pecado de la curiosidad jamás deja á una mujer, aunque se mire en el extremo de sus pesares; miróle y alteróse, volvió á mirarle con mas atención, y hallóle en las manos un pequeño retrato; quitósele dellas, y llevóle á los ojos, los cuales hallaron á su mismo dueño; dióle mil vueltas, pensando que el naípe tenía por encima algun pedazo de cristal que la retrataba. Volvióse al que dormía para que le dijese la verdad, reconoció su prenda, halló á Lisardo. Pidióse albricias, y temió por sospechoso el nuevo contento, acordándose de las veces que ha quitado la vida un placer ni esperado ni prevenido. Sentóse junto á su primo, el cual, al ruido de algunos abrazos mezclados con suspiros de alegría, despertó, y tuvo por novedad el ver luz en parte que pocas veces se comunicaba el sol. No habia reparado Lisardo en Laura, que si esto dijera despues de verla, fuera agraviar sus ojos; cubrióse ella el rostro con una toca, que era velo de plata para su hermosura, y nube de seda para su resplandor, por darle el contento menos repentino. Extra-

ño Lisardo la nueva compañía, y advirtiendo en que el traje y los adornos prometían alguna nobleza oculta, la rogó que se descubriese, ó por lo menos le contase el rigor de fortuna que la habia puesto en tan miserable estado, que él se obligaba á satisfacerla el favor, refiriendo, si ella gustase, el infinito número de desdichas que le atormentaban, que eran tantas, que la menor le parecía verse en poder de aquellos bárbaros, teniendo la vida al albedrío de su voluntad. Entonces ella por no deberle el contento que podia darle, se descubrió y abrazó dél; y Lisardo quedó mirándola tan suspenso, que se puso á imaginar si era cierto que habia despertado. Unas veces daba crédito á los ojos, y otras no se podia persuadir aun á lo mismo que tocaba; pero viniendo la verdad sus discretas dudas, estuvieron los dos muy gran rato, sin que el contento les diese licencia para preguntar la causa de verse en aquel lugar, y despues de haber hecho cada uno memoria de sus trabajos, dijo Lisardo que pues estaban solos, seria acertado huir de tan conocido peligro; y cuando empezaban á salir de la cueva para avisar á su amigo Alejandro, que estaba bien ajeno de aquella novedad, volvieron los temerosos ladrones asegurados de que el aviso habia sido incierto, aunque se engañaron, porque la justicia de Córdoba los habia buscado toda la noche, y por ser tan oscura y espantosa, se habian perdido sin poderse encontrar los unos ni los otros, hasta que con el día dieron la vuelta, y llegando hácia la parte que estaban informados, oyeron ruido, y conocieron que allí era sin duda la defensa de los atrevidos salteadores, y cercándolos, los prendieron, sin que pudiesen huir ni ampararse de la menor defensa. A este tiempo ya el uno de los amantes de la infelice Laura, que era el capitán, vencido de su apetito y confiado en su mucho imperio, la habia llevado á la cueva donde estaba Alejandro, poniendo primero una pistola al pecho de Lisardo, que como galán la amaba, y como honrado la defendía. Pero viendo el tirano capitán que le amenazaba una desastrada muerte si se dejaba poner en manos de la justicia, tomó una yegua que tenia prevenida para semejante fortuna, y saliendo por una secreta parte de la misma cueva que hacia correspondencia á un valle, cogió á Laura, que por estar sin sentido y haber visto á Lisardo en tan manifiesto peligro, aun no tenia ánimo para defenderse, y corriendo por el campo dejaba burlarlos á los que le seguían. Lisardo fué tan desgraciado, que iba en el número de los presos, sin que aprovechase decir su nobleza, porque algunos de los delinquentes procuraron defenderse, diciendo que no eran ellos de los ofensores, sino de los desdichados á quien habian quitado la hacienda y tenían en aquellas cuevas para quitar la vida; y la justicia, por no poner en contingencia la verdad de los unos y la culpa de los otros, haciéndolos iguales, los llevó al primer lugar, y de allí á la cárcel pública de la ciudad de Córdoba, en la cual se vió el pobre Lisardo disculpando su inocencia y dando voces por su justicia; pero como no tenia ni amigos que le acreditasen ni dineros que le favoreciesen, su pleito

estaba mudo, los procuradores sordos, y los jueces mal informados. Afligióle tambien el no tener nuevas de su amada Laura ni de su fiel amigo Alejandro, tan amigo en todo, que viendo al atrevido bandolero llevar con tan resuelta tiranía á la hermosa Laura, movido de su nobleza y sufriendo mal que un infame profanase su hermosura tomó el mismo caballo que habian quitado á Lisardo, y por la propia parte que vió salir al codicioso ladrón le empezó á seguir tan bizarro como animoso, y como llevaba de su parte la razón, y á los ladrones sigue siempre el temor y la cobardía, le alcanzó aun con mas brevedad que él imaginaba. Y apenas el injusto Atlante de aquel cielo con alma vió que Alejandro venia en su seguimiento, cuando advirtiendo que si se detenía á defender el hermoso tesoro era dar lugar á que la justicia le alcanzase y lograra su deseo, para poder huir con mas comodidad, arrojó de sí á Laura, como suele el castor que advertidamente se hace pedazos, lisonjeando á los cazadores con lo que desean para que no le persigan; mas no le aprovechó, porque á pocos pasos le cogieron unos labradores, y llevaron con los demás compañeros para que con una muerte satisficiera tantas.

Imposible será decir los encarecimientos con que Laura agradeció al animoso Alejandro aquel gallardía, mas baste saber que era discreta y que no sabia ser ingrata. Llegaron los dos al lugar, é informándose de cómo Lisardo iba con los demás culpados, tomaron el camino de Córdoba, y estando Lisardo una mañana discurrendo sobre sus desdichas, que eran tantas, que ya tenia por novedad el no tenerlas, y pensando el día en que la fortuna se cansase, vió que un hombre y una mujer tapada se llegaron con voluntad igual á darle infinitos abrazos; conoció á Alejandro, y despues coligió fácilmente quién podia ser la que le acompañaba; echóse á los pies de entrambos, que los hombres en las desdichas suelen estimar mejor los beneficios, y hablando los tres largamente, trataron de la soltura de Lisardo, para lo cual y para otras cosas necesarias dió Laura á Alejandro algunas joyas de las que traía, rogándole procurase venderlas. Hizolo así Alejandro, aunque perdiendo mucho del precio en que se habian comprado, pension de quien vende con necesidad y en la platería; la informacion quedó hecha aquella noche, por ser cosa tan conocida y haber dinero, que es la mejor espuela para los que escriben; y cuando Lisardo estaba ya para salir de la cárcel, porque los jueces advirtieron la bellquería de tener afrentosamente á un caballero en la cárcel pública, vino un auto en que le mandaban embargar por otras causas. Admiróse Lisardo, lloró Laura de nuevo, afligióse Alejandro, y quedaron todos confusos y temerosos; pero sacólos desta duda Lisardo, que reparando en dos hombres que entraban por la puerta, conoció que eran Octavio y el riguroso padre de Laura, la cual rindiéndose á un temor justo, nacido de su respeto y vergüenza, quedó difunta, pero de mucho si via presentes tantos males: por una parte á Lisardo con mas prisiones, en tierra ajena, y sin mas favor que la

disculpa de su voluntad; por otra á su padre, que con el enojo que vendría era fuerza atropellar las honradas disculpas de Lisardo, y lo que mas la afligia era ver á Octavio, por haber sido el principio de su desventura; dudaba del intento que les traía, aunque bien echaba ver que como los dos faltaron en un día, colegirian que Lisardo la traía robada. Lo cierto es que el viejo, tanto por el amor de su hija como por la venganza de su sobrino, en compañía de Octavio los habia ido á buscar á la corte, y no hallando aun señas de ninguno, quiso acercarse á la Andalucía, buscándole por las principales ciudades della; y entrando aquel mismo día en Córdoba, y hallando en ella á un grande amigo suyo, que en sus tiernos años vieron á Flándes juntos, le preguntó por algunas novedades de aquella ciudad, y entre otras le dijo que estaba en la cárcel un caballero á quien unos salteadores habian robado, y que seria fuerza conocerle porque en sus confesiones decia que era natural de la ciudad de Avila. Alteróse el viejo, é informándose mas particularmente, supo que el caballero preso era el enemigo que buscaba, y sabiendo que estaba ya para salir de la cárcel, habló á los jueces, querellándose de su sobrino, y contando la traicion que habia cometido contra su sangre, y así mandaron luego, no solo que no le diesen libertad, sino que le pusiesen en parte que estuviese mas seguro. Y despues de haber hecho esta diligencia, venia con Octavio á visitarle para saber lo que respondia; y Laura, aprovechándose de su discrecion, si acaso la hay cuando vienen las desdichas tan aprisa, se encubrió lo mas que pudo, y Alejandro hizo lo mismo apartándose de Lisardo, y poniéndose á conversar con otros presos. Llegaron los dos, y despues de saludarle, le preguntaron por Laura, y él respondió que no solo no la habia traído, pero que en su vida se habia atrevido á tal imaginacion, y decia bien, porque aunque la quiso siempre con tanto amor, nunca tuvo ánimo de anteponer su gusto á su respeto, huyendo de parecerse á muchos que se precian de querer á una mujer, y por lograr su gusto intentan cosas en que es forzoso aventurar con su vida su reputacion. Decia Lisardo que estos tales no atienden al honor de la dama, sino á la comodidad de su gusto; y así, no pueden tener amor verdadero, porque amar tan inconsideradamente que por gozar de una mujer atropellen su opinion y consientan en su deshonra, no es estimarla, sino aborrecerla. Finalmente, Lisardo negó, porque en todo caso es lo mas seguro, y mientras se prueba se gana tiempo. Encolerizóse el viejo pareciéndole que aquello era preciarse de darle pesadumbre, y Octavio le dijo algunas injurias, porque los celos, el amor y el ver á su enemigo de manera que no se podia defender, le daba ánimo y aun disculpa; y remitiendo entrambos á la fuerza de la justicia la confesion de lo que negaba, se fueron, y Lisardo contó lo que le habia sucedido, y Alejandro les aconsejó que se resolviesen á desposarse, pues así cesarian las pretensiones de Octavio y enojos de su padre; parecióles bien á los dos, pero dificultaron el estorbo de la sangre y la falta de las diligencias. Mas Alejandro dijo que se animasen, que todo

había de tener feliz suceso, porque aquel día era de ordinario, y él tenía en Madrid un tío que era oidor del Real Consejo de su majestad, al cual escribiría hiciese la diligencia de la dispensación con brevedad. Hizolo así Alejandro, encareciendo á su tío el peligro en que estaban los dueños de aquella causa. Luego el padre de Laura empezó el pleito bien solicitado de entrambas partes, porque en cualquiera sobraba el dinero. Dejó Alejandro á Laura en casa de una señora principal, que por forastera y por dama le favoreció, y tomando una mula, se partió al lugar en que Lisardo había estado tan peligroso de la caída, y haciendo una información muy honrada, en que juraban todos el tiempo que estuvo indispuerto sin traer en su compañía mas de su persona, se vino, y la entregó al procurador, el cual aconsejó á Alejandro que se escondiese, porque los salteadores en sus dichos habían declarado que ellos cogieron una noche á una mujer que se llamaba Laura, pero no en compañía de Lisardo, sino de un caballero cuyo nombre no sabían, porque siempre se había recatado de decirle. Parecióle á Alejandro que corría peligro su persona, y escondióse en un monasterio, porque de la amistad que tenía con Lisardo fuera fácil colegir que él era el dueño de aquella empresa. Duró el pleito algunos meses, y viendo el padre de Laura tan resuelto á Lisardo en negar aquello que en su opinión era cierto, se determinó á que confesase en el tormento lo que con engaños y traiciones disimulaba. Tenía el viejo mas autoridad con los jueces, y no faltó quien por debajo de la cuerda informase contra Lisardo, y como los indicios eran grandes, se determinaron, Dios sabe si con justicia, á darle tormento ó dárselo á Laura, que deshaciéndose en lágrimas, la faltaba paciencia para sufrir tantos rigores, y así se resolvió, antes que llegase la ejecución injusta, á manifestarse, diciendo que ella sola, sin mas favor que su voluntad y sin mas causa que la de huir de un marido que aborrecía, se había ausentado de su casa, teniendo á mas fortuna dejar su opinión al albedrío del vulgo que vivir con quien era forzoso desearse la muerte para tener algun descanso, y que el hombre con quien la toparon no le conocía de mas que haberla amparado por mujer y sola.

Así estaba Laura contando los instantes de las horas con el temor de ver injuriado por su causa á Lisardo, y él con los bríos del valor que tenía heredado dispuesto á cualquier exceso de desdicha; pero el cielo tuvo lástima de tan justo amor, y lo dispuso de otra suerte, porque Alejandro envió un recaudo con su procurador avisando á Laura de que la dispensación había venido con los demás papeles, y dando Lisardo un poder, le desposaron, y luego se notificó á la parte contraria cómo Lisardo era marido de Laura, y así la podía tener donde le pareciese, y llevando un escribano consigo, que daba fe de que la había visto, y enseñando juntamente la dispensación y lo demás, se quedó el viejo tan corrido y afrentado, que negándose á la piedad que debía tener con su propia sangre, y considerando la riqueza que perdía en Octavio por su sobrino, le empezó

á seguir con mayores veras, encareciendo á los jueces la ofensa que su casa había recibido, aunque fuese con intento de ser su esposo; y entonces Alejandro, presumiendo que ya no tendría peligro, pues Lisardo había confesado que la tenía y el desposorio estaba concluido, salió públicamente, y fué á contradecir la nueva acusación del vengativo viejo, el cual apenas lo supo, cuando le hizo una causa criminal, que le obligó á quedarse con Lisardo, porque luego trujo información de que había él sido el instrumento principal que ayudó al escalamiento de su casa, y él fué á quien toparon con su hija, y esto encareciéndolo con tantos accidentes y palabras, que lo que había sido fuerza de amistad hicieron delito de traición; que la calidad de las culpas suele consistir en las circunstancias con que se acusan, porque hay palabras que las hacen mayores.

Quedóse Alejandro con su amigo, casi agradecido á la nueva ofensa, por mostrar mas bien lo que le estimaba: los dos lo pasaban mejor, porque Laura tambien parecia presa, y en todo el día no salía de la cárcel, que la voluntad la había enseñado esta fineza, que no es pequeña para una mujer de sus años, de su hermosura y de su modestia; pero quien tiene amor, poco se debe en las cosas fáciles. Crecieron los pleitos y los gastos, acabáronse las joyas de Laura, con ser muchas, y descuidáronse los parientes de Alejandro, pareciéndoles que mas tenía de locura que de amistad gastar su hacienda con quien no podía pagarle aquella liberalidad. Vióse Lisardo perseguido de quien pensaba ser amparado, en la cárcel y pobre, tres cosas que cualquiera basta para quitar la vida: miraba á su amigo Alejandro en tan diversas fortunas por su causa, y no sentía menos el ver á su esposa llena de trabajos, aborrecida de su padre y sin mas regalo que pesadumbres, y en fin, había llegado á tiempo que fué necesario quitarse ella las galas que traía, vistiéndose mas humildemente para defenderse de la mala intención de su padre. Todo lo miraba Lisardo, y todo lo remitía á su sentimiento. Laura le consolaba, y aun se ofendía de verle tan apasionado, diciéndole que no se afligiese por ella, porque no podían ser sus desdichas mas que su voluntad, y que la quedaba ánimo para sufrir aun mayores rigores, como fuesen enderezados á servirle.

Escuchóla Lisardo y dióla infinitos abrazos; alabó su hermosura, encareció su firmeza, y confirmó á las mujeres por agradecidas y constantes; y si se ha de decir verdad, no les neguemos que en determinándose á querer bien, son ellas las que olvidan con mas dificultad: á lo menos Laura mucho acreditó esta verdad, porque amar á un hombre cuando le persiguen trabajos, prisiones y pobreza, es un milagro que pocas veces se ve en el mundo.

Así lo pasaban los amantes primos, y una tarde quiso Laura probar por todos caminos á conocer si era tan desdichada como hermosa, y con el deseo que tenía de que tuviesen remedio las temeridades de su padre, rogó á una señora que se había dado por amiga suya que enviase á decir á Octavio que en una parte

determinada del campo le esperaba una mujer, que aficionada de su gallardía quería saber si el alma correspondía al talle, y la lengua á la persona. Quiso Laura con esto tener ocasión de hablar á Octavio y obligarle por el atajo de la cortesía para que se cansase de perseguirla. Parecióle buen medio á la amiga, y le envió con una erriada un papel muy á propósito. Leyóle Octavio, y juzgó que sería aquel favor verdad infalible, que las desconfianzas, y mas en esta materia, no tienen entrada con un hombre que se preciaba de galán y tenía opinión de rico; fueron las dos en un coche, y Octavio contó su buena suerte al padre de Laura, y aun le llevó consigo para que le acompañase, por si acaso no venían, y había sido engaño de alguna dama que quería burlarse dél por forastero, pero presto conoció que era él que había tardado; y viendo ellas que llegaba solo, le rogaron se entrase en el coche, y luego Laura con suspiros y razones le encareció los trabajos y disgustos que padecía por su causa; advirtiéndole que no le había ofendido en no quererle, por haber días y aun años que tenía dueño, y que á no tenerle, le confesaba que fuera cierto ser suya, porque sus partes merecían mayor empleo. Díjole tambien el extremo á que había venido de necesidad, pues si no fuera por aquella dama y las joyas que había traído, aun no hubiera sido posible sustentarse, y que actualmente Lisardo estaba preso, pobre y sin mas esperanza que su piedad, y así se lastimase de su amor, y mostrase lo que había querido en no ayudar á su ingrato padre, el cual, viendo que tardaba Octavio, se acercó al coche, y conociendo á su hija y acordándose de las pesadumbres que le costaban sus infamias, que así llaman los viejos lo que en otro tiempo atribuían á mocedades, que como no hay espejos que representen lo pasado, suelen juzgar de los delitos temerariamente; y acordándose tambien de lo mucho que perdía en Octavio, que este era el paradero de sus cóleras, que la ambición de la hacienda suele venir con los muchos años, quiso atreverse á su hija, remitiendo á las manos la venganza que no había conseguido con pleitos y prisiones: dió voces Laura, amparóla Octavio, y la señora en cuya compañía venía se ofendió justamente del poco respeto que la había tenido; y en fin, era tanto el ruido que hacían todos, que obligó á un caballero que pasaba en un coche de camino con su esposa á que se apease, y con él algunos criados que acudieron á saber la causa de aquella discordia. Llegó el caballero, que era hombre de gentil presencia, y con alguna libertad de soldado, viendo las demasías que hacia el padre de Laura, y con mujeres, que es cosa tan aborrecible para los hombres que nacen con términos honrados, se abrazó con él para que no pasasen adelante. Volvió el viejo á conocer quién le detenía, y volvieron todos, porque su disposición gallarda podía mover á respeto, y suspenso el padre de Laura, le miró con algun sobresalto; pero el caballero, que como estaba sin cólera tenía obligación á conocerle mejor, echó de ver que el que miraba era su hermano, y la que tenía presente Laura, su sobrina; y con un rendi-

miento noble, efeto de su amor, viendo sangre que lo era tan suya, los abrazó á los dos, aunque el viejo no le recibió muy apacible; y entonces el padre de Lisardo le preguntó qué causa podía ser bastante á recibirle con aquel desabrimiento despues de tantos años de ausencia y en tiempo que de tantas leguas le venía buscando, que no era poco para un hombre que venía rico. Llegóse Laura á su tío y refirióle todo lo que había sucedido, y cómo ella, por haberse criado con su primo, le había querido con tanto extremo, que le obligó á lo que hemos visto. Entonces el piadoso tío con mil abrazos agradeció tan honrada voluntad, y contó brevemente cómo él se fué á la ciudad que en las Indias llaman de los Reyes, porque ciudad de plata bien merece tan ilustre nombre; y que allí sirvió á un cacique de agente de su hacienda, que pasaba de ochenta mil ducados, con fidelidad, que suele ser el mejor caudal de los que no tienen, y despues muriendo él y quedando su esposa viuda y con alguna afición á su persona, se determinó á que ocupase el lugar del difunto esposo, y viéndole con deseo de volverse á España, dejó patria y parientes por venir con su esposa, y que pasando su coche con alguna prisa para llegar á Córdoba, oyeron el ruido, y había salido á verlo que no imaginaba. Volviéronse todos á abrazar, y bajando á su sobrina del coche, fué con los demás á ver á la hermosa indiana, que lo era en demasía, que los muchos regalos y la vida descausada disimulan muchas veces los años. Vieron tambien un hijo que traía, que había nacido para aumentar aquella tan justa correspondencia; luego la pasaron al coche de la amiga de Laura, la cual los llevó á su casa, y contenta de su buena suerte, quiso gozarla, regalando tan honrados huéspedes. Todos iban contentos, y solo el padre de Laura corrido de que su hermano hubiese reparado en la tiranía que usaba con su sobrino, y apenas se apearon, cuando fueron á avisar á Lisardo de la venida de su padre. Agradeció al cielo tan nuevo beneficio, advirtiéndole la ventura tan grande que había tenido, pues cuando menos esperaba se compadecía de sus desdichas. Vino á verle su padre, y lastimado de mirarle en tanta miseria, aunque tan hombre y de las partes y gracias que ya le habían informado, sin detenerse á contarle nada de sus cosas hasta verle libre de la cárcel, fué al momento con los demás, é hicieron tan buena diligencia, que saliendo por fiador su mismo padre, le dieron libertad aquella misma noche, en compañía de su amigo Alejandro; y en viéndose libre, fué á ver á Laura y á su nueva madre, la cual, mirando la nobleza de todos, no estaba arrepentida de haber dejado su propia patria. Gozó Lisardo de su amada prima, pues le costaba llegar á sus brazos tantos disgustos. Consolóse Octavio viendo que el no gozar de aquella dicha no era falta de méritos, sino voluntad ajena. El padre de Laura quedó contento por haber salido todo tan á gusto de su deseo, y advirtiéndole Lisardo las obligaciones que tenía á su amigo, y sabiendo que venía en compañía de su padre una hermana de su esposa, á quien miraba Alejandro con algun cuidado, trató de